

La Sociedad Desconfiada. La Discusión en los Años Noventa

BERNARDO NAVARRETE YAÑEZ

Universidad de Santiago de Chile.

bernardo.navarrete@usach.cl

Resumen

La desconfianza existente en la esfera pública, que se expresa a nivel interpersonal en los empresarios, partidos y ante el Estado, genera fuertes limitaciones al establecimiento de una cultura cívica que fortalezca la democracia presente. A treinta años de su retorno y a través de un análisis de la literatura disponible, se analiza la década de los noventa bajo la hipótesis que en esa época se desarrolló buena parte de la discusión sobre los problemas desconfianza, capital social y virtudes republicanas que afectan nuestro modelo de democracia.

Palabras clave: Desconfianza, democracia, Chile, capital social, republicanismo.

Abstract

The Distrustful Society. The Discussion in the Nineties

The existent mistrust in the public sphere, expressed at the interpersonal level on entrepreneurs, parties and State, produces strong limitations to the settlement of a civic culture that strengthen the present democracy. After thirty years from return to democracy, and through disposable literature review, the nineties are analyzed based on the hypothesis in that time grew the discussion of the mistrust issues, social capital and republican virtues that affects our model of democracy.

Key words: Mistrust, democracy, Chile, social capital, republicanism.

Introducción

Ludolfo Paramio (1996) plantea que, bajo el común denominador de la incertidumbre, es posible analizar muchos de los cambios producidos en nuestras sociedades en años recientes, más específicamente, desde los inicios de la globalización de los mercados de capitales, que generan nuevas reglas del juego en la economía mundial, en un marco ideológico dominado por el neoliberalismo.

El quiebre del modelo tradicional significó una incertidumbre para los actores económicos y políticos que, al moverse en la esfera económica no saben cuál estrategia utilizar y desconocen las consecuencias de las nuevas reglas. El ciudadano de a pie tampoco sabe qué esperar en relación con la actividad laboral. Por ello, la incertidumbre económica se traduce en incertidumbre política. Los partidos, que tenían una ideología y planteaban sus estrategias y respuestas frente a los dilemas sociales y económicos, dejaron de funcionar frente a la crisis de los '80. Estos cambios objetivos disminuyeron la confianza de los actores y las personas, generando en estos últimos una desconfianza que se traduce en un repliegue hacia "nichos personales" o mini colectivos afectando a la sociedad, la democracia y la economía. En palabras de Beck, se transitó desde la "solidaridad de las necesidades", que necesitaba instituciones que se hicieran cargo de apoyar a los individuos, a la "solidaridad del miedo", que no tiene instituciones muy definidas para protegerlos (Huneus, 1998: 38).

Para abordar las instituciones y la confianza debemos analizar la base de la pirámide: confianza interpersonal y democracia. Sobre la confianza interpersonal se ha sostenido que ella es crucial en una democracia; como sentimiento es un prerrequisito para la eficacia de ella. La encuesta mundial de valores realizada por Inglehart (1998), demostró que los niveles de confianza interpersonal están estrechamente relacionados con los años que las instituciones democráticas han funcionado.

Cuando confiamos hacemos un juicio acerca de la otra persona respecto de su sinceridad, competencia y responsabilidad; cuando confiamos nos involucramos y al hacerlo tomamos riesgos. En la desconfianza no nos arriesgamos, sólo buscamos la seguridad en la vida, cerrándonos a nuevas posibilidades (Flores, 2000), nos vamos a nuestros refugios personales. Con ello nos acercamos a lo que los griegos llamaban "idiotas", señalando así a los que se repliegan en su vida privada, se apartan, no colaboran y no participan. Hasta aquí el peso normativo es fuerte, pero debemos reconocer que existen otras formas de mirar la realidad, especialmente desde la economía.

Chile y el Impacto de la "Revolución Silenciosa"

En América Latina, a partir de la crisis de la deuda externa, se quiebra el modelo de industrialización sustitutiva de importaciones, iniciándose "un doble proceso de transición hacia la democracia y transición hacia una economía de mercado" (Lechner, 1992a: 1). Proceso que no requirió de un modelo político en particular, realizándose el ajuste con o sin democracia. No se

presentó una disyuntiva entre economía de mercado o no, la elección era sólo entre diversas formas de economía de mercado (French-Davis, 1995). Así, prácticamente todos los países han avanzado en la reconstrucción de sus economías por una ruta de liberalización y apertura de sus mercados.

Más allá de sus consecuencias culturales, la reforma transformó la idea existente durante generaciones sobre la cual las personas reconocían al Estado-nación como el lugar de “todos”, atenuador de desigualdades básicas individuales y regionales. A este ciudadano se le dijo: ¡ese Estado no va más! Pero, además se le dijo que el Estado que vivo en esa época inició una revolución llamada Nueva Economía, que se expresaba en la obsolescencia de los supuestos con los que enfrentaba su vida laboral, social y familiar; una economía aún llena de mitos y por conocer. Así, la globalización y sus nuevas realidades crearon nuevas ansiedades, que se suman a las inquietudes que siempre han afectado a la humanidad. El ciudadano, en síntesis, siente que ha perdido el control de los mecanismos políticos y económicos que afectan fuertemente su vida diaria.

En Chile, la mayor herencia del régimen autoritario ha sido el modelo económico neoliberal, legitimado fácticamente por la Concertación, que en el plebiscito de 1988 no logró aplacar políticamente el costo social de las medidas, a pesar de los buenos indicadores macroeconómicos que exhibía (Lechner, 1992b: 5). Así, el proceso de transición a la democracia ha estado fuertemente condicionado por la variable económica, colonizando la política (Moulián y Vergara, 1980). El Estado ya no es la instancia de articulación social a la cual estaba acostumbrada la sociedad chilena; el mercado surgió como “modelo” de coordinación social, donde la vida política comenzó a ser regida por normas de “eficiencia, competitividad y cálculos económicos, desplazando las venerables virtudes públicas de prudencia, confianza y lealtad”. Se privatizaron las actitudes, expectativas y preferencias individuales. El deterioro de la esfera pública (Lechner, 1993) se ve acotada por la sociedad económica bajo la forma de “imperativos técnicos” (Lechner, 1994: 37). En síntesis, la transición restituyó la ciudadanía, pero redujo al ciudadano a la condición de cliente (García de la Huerta, 1997) e introdujo una ética de mercado que reduce las actividades a estándares de eficiencia económica (Pennar, 1989).

En este sentido se argumenta que la experiencia de la sociedad chilena post 73' estuvo marcada por el desmontaje de las formas “políticas e institucionales, en que se sustentó esa ‘idea de Chile’” (Campero, 1997: 5). Los cambios en la política, la economía, la organización social y la cultura, generan una nueva matriz de “constitución de sociedades”; nuevas formas de relación entre el Estado y el sistema político de representación y base socioeconómica de actores sociales, emergiendo una matriz socio-política, de la que no dan cuenta ni los paradigmas políticos tradicionales de conservación, ni utopías revolucionarias conocidas.

No obstante, los chilenos cambiaron sus ritmos, direcciones y modificaron el tono emocional. Esperaron menos del Estado, confiando más en su propio esfuerzo, que les permitió vestirse de consumidor (Brunner, 2000). Pero como tal, sociólogos y publicistas cuestionaron la actitud del comprador, que es callado, obediente y fácil de convencer. Este consumidor no tiene claro cómo exigir sus derechos y sobre el supuesto cambio de actitud sufrido en el último tiempo,

este no es tal, porque el discriminar y comparar ofertas antes de decidir, es más una necesidad de orden económico.

Las Desconfianzas de los Chilenos. Los Ciudadanos, el Estado, los Partidos Políticos y los Empresarios

Los Ciudadanos

Una mirada a los últimos años de los 90' nos lleva a recoger el fuerte pesimismo que las encuestas y los cientistas sociales nos entregaron. Esto generó un largo debate que se expondrá brevemente. El punto de partida es lo que Schmitter llama "Regla del desencanto": con la consolidación de la democracia vendrán las desilusiones, individuales y colectivas, ante los resultados del cambio de régimen (1991: 113). En Chile, el debate se hizo público cuando se conocieron dos documentos que exponían una diferencia fundamental en cuanto al énfasis que debió tener el discurso político de la Concertación de Partidos por la Democracia. Mientras para los firmantes de "Renovar la Concertación" hubo un peligro subyacente en el pesimismo que pudo arrastrar a toda la sociedad, para quienes suscribieron "La Gente Tiene Razón" el peligro estuvo, por el contrario, en resaltar en demasía un ánimo exitista y coartar el diálogo crítico que, dicen, siempre caracterizó a la Concertación. "La Gente Tiene Razón" enfatizó el desencanto de las personas por la pérdida del sentido de comunidad y la necesidad de que las decisiones de gestión no sólo tengan un cariz técnico, sino también político. En este sentido, valoró explícitamente la sensación de insatisfacción de las personas como algo a lo que la Concertación debería haber dado un papel relevante, a diferencia de "Renovar la Concertación", que estimó que, aunque esta sensación debe considerarse, no se estaba ante una sociedad de malestar y por ello, la Concertación debió infundir más optimismo en las personas.

Este debate se identificó además con posturas personales entre quienes fundamentan la existencia de incertidumbre, malestar y desencanto y aquellos que como José Joaquín Brunner y Eugenio Tironi sostienen más bien lo contrario.

En una rápida mirada a la esfera de los ciudadanos, los chilenos se mostraron angustiados por el presente y el futuro. Sus valores se tambalearon y se presentaron síntomas de anticaridad (Baranda, 2000), lo que parecía impensable en el imaginario popular, pero el que un 11% de los chilenos participara en una organización de beneficencia y de este porcentaje, sólo un cuarto dedicó horas de trabajo con la institución que se comprometió, nos mostró el mito de un país solidario (DESUC. 1997). Estos bajos índices de participación se pueden explicar por la desconfianza de los chilenos a unirse con extraños para el cumplimiento de metas comunes. Lo anterior es importante porque una elevada participación en asociaciones voluntarias tiende a estar asociada con una elevada participación política (Dowse y Hughes, 1979).

Si hemos tenido un muy bajo nivel de asociación y no hemos buscamos la solución colectiva de nuestros problemas (Lagos, 1998), ello se agrava porque no solo se confiaba poco en sus compatriotas, los consideraban, además, poco honrados, ya que ante la pregunta ¿Diría usted que los chilenos son mucho, bastante, poco o nada honrados?, solo un 32% respondió

La Sociedad Desconfiada. La Discusión en los Años Noventa

afirmativamente, poco un 55.3% y nada 11% (Huneus, 1998). Además, se manifiesta la intolerancia y el desinterés en el argumento ajeno, como una manera de ser nuestra (Giannini, 2000).

Este ciudadano, que no ha participado en la génesis de nuestras constituciones, no cuenta con un "Defensor del Ciudadano", siendo Chile la excepción de la región andina (CAJ, 2000). Además, desconfía del sistema de salud, de previsión y de educación y, con ello, desconfía del futuro, validando de paso una modernización que "avanza atropellando y descartando a los sujetos" (Lechner, 1998: 18).

Por último, la encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC) de septiembre 2000, mostraba una mayor tolerancia frente al "fraude social", el interés ciudadano en la transparencia, la probidad y las conductas deshonestas tales como el ocultamiento de productos en los supermercados, la confabulación para no pagar IVA y eludir el pago de impuestos.

El Estado

La mirada sobre el Estado –entendido como el aparato público-, es particularmente importante, ya que el desencanto producto de la sobreexigencia conduccional en temas sociales cada vez más diversificados, es reflejo de la fuerte presión de las exigencias por salvaguardar la integración social, en un contexto mundial cada vez más globalizado y proclive a la fragmentación social (Cañas, 2000).

La relación del ciudadano respecto al Estado a través del tiempo fue generando una "cultura de la desconfianza", ya que la burocracia y las leyes, generalmente partían de un supuesto que humillaba a las personas, cual es que no se es delincuente, "antes de que uno pueda ser considerado honrado" (Lagos, 1998). Pero esto fue cambiando con el proceso de modernización del Estado permitiendo, además, el minimizar los efectos "de dos décadas de rupturismo político que provocó movimientos pendulares entre estatismo y el mercadismo extremo" (Muñoz, 1991: 7).

Los Partidos

Los partidos se vieron enfrentados al dilema que mientras los que seguían defendiendo estrategias anteriores a la crisis y se auto condenan al fracaso, otros desarrollaron las nuevas estrategias, pero desdibujaron su propia identidad y pagaron el precio de una crisis de representación entre sus seguidores, además de previsibles tensiones internas (Paramio, 1996: 1005).

Los partidos ya no son la "columna vertebral de la sociedad chilena" (Garretón, 1983), por cuanto ni conciertan, ni median y tampoco representan a la "base social" frente al Estado (Garretón, 1987: 64). Además, no proporcionan organización, movilización, canales de participación, reclutamiento y liderazgo (Chaparro, 1985), tal como lo hicieron hasta 1973. En este contexto existe una notable discontinuidad con el sistema de partidos de los noventa, no obstante conservarse en el tiempo un fuerte sentimiento antipartidista (Angell, 1993) y una imagen

desfavorable de ellos (Baño, 1993). Cuando hablamos de un bajo interés por la política, reconocemos una paradoja que se ha mantenido en el tiempo: la importancia de los partidos es inversamente proporcional a la opinión negativa que manifestaban las personas respecto a su actuación.

Los partidos aparecen como las instituciones peor evaluadas por la opinión pública y viven una crisis de credibilidad y relación con la sociedad, porque su acción está enfocada prioritariamente hacia el control del Estado, aspecto que se refleja en su competencia por los "cuoteos" de cargos públicos. A su vez, los dirigentes y militantes viven en función de cuestiones internas de la organización partidaria y tienen escasas vinculaciones con la sociedad civil.

La crisis de confianza en las instituciones y especialmente a los partidos políticos, es un dato que se constata nítidamente desde 1988 (Garretón y Contreras, 1988), y refleja la sistemática campaña de desprestigio a que los sometió el régimen militar en su oportunidad. Pero no es menos cierto que existe una antigua obsesión chilena: la crítica a los partidos (Huneus, 1998) que es anterior al quiebre de la democracia de 1973. Aún cuando era evidente la importancia de los partidos -y así se reconocía en la ciudadanía-, en el electorado había un fuerte sentimiento antipartidista (Angell, 1993) y una imagen desfavorable de ellos (Baño, 1993).

Los Empresarios

Desde que, en 1988, un empresario durante la celebración de la ENADE, le manifestara a Alejandro Foxley: "no le creo nada" (Cavallo, 1992), se inició una larga marcha en la que el Estado ha debido cíclicamente generar confianza en el empresariado. Frente al reiterado discurso de este sector: "se percibe cierta inestabilidad en las reglas del juego, factor clave para tomar decisiones de inversión". Este ejercicio extenuante, erosionó el discurso de las confianzas ya que este se desarrolló fuera de la esfera económica, traspasándose al ámbito de lo político, sin poder autonomizarse. Ejemplo de esto, son las declaraciones emitidas por distintos dirigentes gremiales del sector empresarial en relación con el desafuero del General (r) Augusto Pinochet; factor que provocó un fuerte deterioro en el complejo entramado de confianzas que se había venido construyendo.

Una Mirada al Informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) del año 2000

Como bien planteó Huneus debemos tener cuidado con el sesgo eurocentrista que se expresa en la Encuesta PNUD, y en sociólogos que resaltan la importancia del miedo y la inseguridad en la sociedad post moderna (Huneus, 1998).

La encuesta realizada por el PNUD advirtió que el 63,3 % de los chilenos desconfianza de las personas y sólo un 32,4 % manifestaba confianza en sus semejantes. Opinión similar se recogió en relación con diversas instituciones públicas y privadas. Estudios comparados han mostrado que otras sociedades latinoamericanas no expresan altos niveles de confianza en las instituciones (Cambio 16, 1997).

La Sociedad Desconfiada. La Discusión en los Años Noventa

Tabla 1. Pregunta: En general ¿Cuánta confianza tiene usted en las siguientes instituciones del país?

	Mucha Confianza	Alguna Confianza	Poca Confianza	Ninguna Confianza	NS/NR
Constitución Política	6.4	23.5	29.8	35.3	4.9
Carabineros	23.0	35.0	27.0	14.5	0.4
Empresa Privada Chilena	9.4	24.8	29.7	33.0	3.1
Fuerzas Armadas	23.4	28.4	21.4	24.7	2.1
Gobierno	10.5	33.3	31.4	23.2	1.6
Empresa Privada Extranjera	6.7	20.6	26.7	40.0	6.0
Iglesia	54.8	26.1	8.5	9.7	0.9
Medios de Comunicación	17.7	41.5	27.2	12.7	0.9
Municipios	12.6	36.5	31.4	18.6	0.9
Parlamento (Diputados Senadores)	3.6	16.1	32.5	45.9	1.9
Partidos políticos	1.7	11.9	26.6	57.6	2.1
Sindicatos	7.9	23.9	24.7	38.0	5.6
Tribunales de Justicia	8.2	27.5	27.9	34.1	2.2
Universidades	33.0	37.6	11.8	10.8	6.7

Fuente: Informe PNUD 2000. Pág. 295.

La confianza en las instituciones expresa la legitimidad que éstas poseen. En este sentido, las tres instituciones que tradicionalmente han participado en instancias de diálogo social durante los años noventa concitan los mayores niveles de desconfianza. El sindicalismo y la empresa privada recogían un 62,7% de "poca o nada de confianza", mientras que el gobierno un 54,6%. Además, esta realidad se agrava al considerar que sólo el 8,9% de los trabajadores se encontraba sindicalizado, agregando un factor de poca representatividad en el mundo laboral.

Un segundo tema preocupante fue la opinión que los chilenos tuvieron acerca de los municipios, debido a que un 50% expresó "poca o ninguna confianza" en esta institución con crecientes niveles de responsabilidad, indicador que cuestiona dos principios: el de *proximidad* y el *ámbito local* como esperanza para la política y la democracia.

El principio liberal que alude a la proximidad de la administración a los administrados constituye una de las ideas centrales sobre las cuales suelen vertebrarse las teorías políticas y constitucionales (Carrillo, 1998). La proximidad como discurso ha estado presente en los mensajes y discursos de todos los presidentes de Chile durante los últimos cincuenta años, como también, entre senadores, diputados y máximos dirigentes de partidos políticos. Pero ¿está el ciudadano más cerca de la administración pública local? Más bien, ha existido una cierta carga mítica en creer que la proximidad "mejora el ejercicio del gobierno" (López, 1991: 50). La encuesta PNUD (2000) nos dice que los chilenos se sentían más identificados con el país, su región y su provincia, que con su comuna. La identificación con el país se entiende ya que el "principio identitario" en América Latina durante el siglo XX ha sido con el país -el Estado construyó la Nación (Castells, 1999: 12). Sin embargo, llama la atención en Chile, la identificación con la región, ya que es una construcción artificial que sólo tiene 25 años de existencia, al igual que la provincia, que es prestadora de mínimos servicios, que en reiteradas oportunidades se ha propuesto eliminarla.

Si a la desconfianza y lejanía entre el ciudadano y el municipio, se suma la existente entre alcaldes y concejales, entonces existen serios problemas, ya que se ha demostrado que la confianza en este nivel de gobierno es clave para el desarrollo de la institucionalidad local.

La distancia entre gobernantes y gobernados permite abordar el segundo problema: que esta distancia se presentó como razón principal para explicar la crisis de los sistemas democráticos en los 90'. Esta crisis de confianza, en quienes cumplen el rol de representantes de una sociedad, manifiesta una creciente decepción hacia el sistema democrático: sólo el 45,2% de los encuestados por el PNUD, respondió que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, mientras que al 30,5% le daba lo mismo un gobierno democrático a uno que no lo sea. Idéntica situación se observa acerca del funcionamiento del sistema democrático, por cuanto el 55% de los consultados opinó que funcionaba con defectos, mientras que el 34% sostiene que cada vez lo hace peor y sólo un 7% sostiene que el sistema no tiene problemas.

Comentarios Finales

En el contexto mundial, la cultura política de fin de siglo fue *light* y poco participativa, pero entonces se preveía que la cultura del nuevo milenio podría ser, además, prolija, documental y racional, pero muy individual y bastante solitaria (Bouza, 2000). La Infraestructura Mundial de Información (IMI) cambiaría la manera en que los ciudadanos de todo el mundo viven, aprenden, trabajan y se comunican (Gore, 1996). Este panorama, que mirado desde Chile era poco alentador, lleva a la pregunta ¿cuáles son las vías para pensar alternativas?

Democracia: Capital Social y Republicanismo

Los distintos ensayos de democracia existentes en Chile, han dejado fuera al ciudadano de a pie, hecho que es perfectamente observable en una mirada a la época de las “planificaciones globales y excluyentes” (Góngora, 1994; 249-271; Arriagada, 1997: 47). El concepto de democracia hasta 1973, siguiendo a Patricio Aylwin (1998), tenía significados distintos según fuera el partido y su proyecto ideológico. Los distintos ensayos, más cerca de “lo político” que de “la política”, terminaron con una pérdida de confianza en la “democracia” existente (Huneus, 1988: 66).

En los noventa, el último ensayo sobre democracia: democracia de consenso o consociativa (Van Claveren, 1982) o “democracia de los acuerdos” –según Andrés Allamand-, fuertemente limitada por los “enclaves autoritarios”, implicó un brusco cambio (Huneus, 1995: 198) respecto del sistema político de “extrema polarización” existente hasta 1973 (Valenzuela, 1995: 65-66). Ahora, se incorporan fuerzas centrípetas que proyectaron una imagen de moderación y enfatizaron la realización de cambios en forma mesurada e incremental (Flisfisch, 1990). Este modelo de democracia ha sido fuertemente criticado, ya que establece un modelo de sociedad donde el pensamiento crítico no está legitimado y sólo se estimula una cultura del consenso y no una cultura de la diferencia (Subercaseaux, 1996), donde la clase dirigente identifica su ascenso, influencia o poder, con su capacidad de enfrentar el futuro de forma moderna y consensual (Garretón, 1992).

Pero la realidad nos dice que la democracia se convirtió en rutina y que ha perdido el sentido "épico" que tuvo en el pasado. Es estable y en su rutina está una de las claves de su solidez. En este escenario, el desafío es demandar más democracia para superar las consecuencias del proceso de cambio que han enfrentado los chilenos: más democracia que incorpore la participación individual y colectiva en un nuevo "contrato social". Esta demanda, a la vez dispersa, desagregada y difusa, con actores colectivos insuficientemente constituidos, está presente en el discurso de los partidos que componen la ex Concertación, en los sindicatos, etc. La demanda que se hace a la democracia es que sea capaz de proteger a las personas ante los riesgos, ante la asincronía entre las exigencias y la capacidad de adaptarse a la velocidad de los cambios, ante una ideología económica que es cada vez más envolvente y aplastante ante quien se "percibe subjetivamente débil" (Campero, 1997).

Debemos demandar más democracia, en definitiva, porque no es la cultura cívica la que produce la democracia sino la democracia la que produce a la larga la cultura cívica; ésta es un producto de la democracia.

Lo anterior nos permite abordar dos temas que se generan en torno al debate de una sociedad desconfiada: Capital Social y Republicanismo. Ello porque si la política en los cincuenta y sesenta privilegió el momento político (poder revolución, regímenes), la política del siglo XXI, deberá privilegiar el momento cultural de la sociedad, es decir, la definición del sentido, imagen, lenguaje, el estilo de la acción social y las formas de convivencia que desbordan los temas específicos de los regímenes políticos (Garretón, 1991). Todo esto, con la convicción de que la educación es la alternativa de cambio que nos dará la preparación íntima para reconocer al otro y confiar en él (Calvez, 1994).

El Capital Social

El "capital social" (CS) se refiere a las características de la organización social como las conexiones, las normas y la confianza social que facilitan la coordinación y cooperación para beneficio mutuo. En este sentido una sociedad que descansa en la reciprocidad general es más eficiente que una *sociedad desconfiada*. CS es también, la reserva de valores compartidos por una sociedad, que le permiten mantener esa cohesión de trasfondo sin la que resultaría imposible organizar la convivencia (Cortina, 2000).

Para Francis Fukuyama, la confianza como capital social es necesaria para regular los intercambios políticos y para mantener el tejido social, pero también para hacer funcionar la economía. Esto siguiendo a James Coleman, porque el CS es productivo, "haciendo posible el logro de ciertos fines que no pueden ser obtenidos en su ausencia". En síntesis, quienes tienen CS tienden a acumular más de lo que tienen. Fukuyama (2000), no sin razón, nos dice que la globalización, especialmente económica, dependerá de la creación de redes de confianza.

¿Existen las condiciones para introducir la discusión de C.S.? Las encuestas de opinión dijeron que los chilenos confían en su esfuerzo personal, pero que no confían en el otro y este es el desafío para la democracia chilena del siglo XXI que debe generar la base de una cultura cívica, una "infraestructura moral", por medio de una educación cuya misión es reproducir un consenso

en valores y normas, proceso que nos permite identificarnos "emocionalmente" con un conjunto de valores, actitudes, patrones de conducta y normas, y a partir del cual accedemos al conocimiento de los que es "humanamente valioso y digno" (Bárcena, 1997: 48-49).

La educación acompaña la confianza en las personas, la que adquirimos en experiencias "tempranas" de la infancia, por ello, establecerla es "la" condición básica para la elaboración tanto de la autoidentidad como de la identidad de otras personas y objetos (Giddens, 1996: 46-50). El informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre educación para el siglo XXI titulado "La educación encierra un tesoro", afirmó que la educación a lo largo de la vida se basa en cuatro pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. El tercer pilar básico nos permitirá abordar el próximo punto y el cuarto nos recuerda la importancia de formar en la excelencia del conocer y el hacer, de las personas capaces de comprender al otro, respetar el pluralismo y valorar la comprensión mutua. En resumen, la desconfianza postmoderna frente a un universalismo, asimilador y unificador, desvirtúa una "moral del igual respeto y de responsabilidad solidaria universal para con el otro", y elimina la estructura relacional de alteridad y diferencia que un universalismo bien entendido permite "hacer" (Habermas, 1999).

Las Virtudes del Republicanismo

Será el pesimismo de los politólogos y el renovado énfasis en la importancia de la cultura cívica lo que hará resurgir los temas republicanos (Miller, 1989).

Más allá del debate existente sobre las virtudes y defectos del republicanismo, es necesario asumir la necesidad que tiene el Estado de contribuir a crear una república de ciudadanos activos e interesados por la marcha del país (Squella, 2000), ya que el área pública para el desarrollo humano se pierde como idea fuerza ante el área privada que propugna el liberalismo. Cuanto más se desarrolla la ciudadanía, tanto más se reduce el déficit democrático; la desconfianza es claramente un síntoma de una ciudadanía de baja intensidad.

El escándalo por las indemnizaciones que involucró a funcionarios nombrados en empresas públicas expresó, por una parte, la búsqueda de legitimación por los dictados del mercado y, por otra, el no entender que, quienes detentan o ejercen una función de servicio público, les corresponde no sólo actuar eficientemente, sino también, reafirmar los valores que engendran confianza en los miembros de una comunidad. De lo contrario, acciones indebidas y contrarias al buen uso de los recursos públicos no sólo causan daños sobre el patrimonio del Estado, sino algo más grave aún: menoscaba la confianza de la sociedad civil en las instituciones públicas y sociales, dañando directamente la esencia de una democracia. En efecto, las normas de eficiencia, competitividad y cálculos económicos han desplazando las virtudes públicas de prudencia, confianza y lealtad, evidenciando notorio deterioro de la esfera pública (Lechner, 1993).

La democracia, finalmente, produce la cultura cívica (Schmitter, 1991) y ella requiere afianzarse en un sistema educativo que entregue los valores necesarios para que las reglas, las instituciones y la confianza perduren y se fortalezcan, más allá de la abrumadora serie de estudios que este año nos dicen que, más bien, vamos en sentido contrario.

Referencias

Aylwin, P. (1998). *El reencuentro de los demócratas: del golpe al triunfo del no*. Ediciones B Chile.

Angell, A. (1993). *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*. Editorial Andrés Bello.

Arriagada, G. (1997). *¿Hacia un big bang del sistema de partidos?*. Editorial los Andes.

Baño, R. (mayo, 1993). *Inexistencia y debilidad de actitudes políticas* (Serie Estudios Políticos, Número 27). FLACSO-Chile.
<http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1993/000574.pdf>

Baranda, B. (7 de agosto de 2000). La ansiada cultura solidaria. *Diario La Tercera*.

Bárcena, F. (1997). *El oficio de la ciudadanía*. Paidós.

Bouza, F. (15 de marzo de 2000). El malestar en la política. *Diario El País*.
https://elpais.com/diario/2000/03/15/opinion/953074803_850215.html

Brunner, J. J. (3 de enero del 2000). Chile: otro cuento. *Revista Que Pasa* (1499).

Calvez, J. I. (16 de enero 1994). *Solidaridad, verdadero sentido de la política*. Diario La Nación.

Campero, G. (1998). Más allá del individualismo: la buena sociedad y la participación. En R. Cortázar y J. Vial. *Construyendo Opciones. Propuestas económicas y sociales para el cambio de siglo*. CIEPLAN, DOLMEN.

Cañas, E. (25 de julio de 2000). Desencanto hacia el Estado. *Diario El Mercurio*.

Carrillo, E. (1989). La nacionalización de la política local. *Política y Sociedad* (3), pp. 19-46.
<https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO8989230029A>

Castells, M. (1999). *Globalización, identidad y Estado en América Latina*. FLACSO-Ecuador. Recuperado el 08 de julio de 2020.
https://flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1266426228.globalizacion_castells.pdf

Cavallo, A. (octubre, 1992). *Los hombres de la transición*. Editorial Andrés Bello.

Chaparro, P. (1985). *La política chilena 1974-1985 en el contexto del siglo XX*. Instituto latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES).

Cortina, A. (11 de agosto de 2000). El capital social: la riqueza de las naciones. *Diario El País*.
https://elpais.com/diario/2000/08/12/opinion/966031212_850215.html

Comisión Andina de Juristas (CAJ). (enero, 2000). *Democracia en la encrucijada. Informe anual sobre la región andina*.

DESUC. (mayo, 1997). Estudio de Opinión Pública. *Revista Qué Pasa* (1435).

Dowse, R. E. y Hughes, J. A. (1979). *Sociología política*. Alianza Editorial.

Flisfisch, A. (septiembre, 1990). *Parlamentarismo, Presidencialismo y Coaliciones Gobernantes* (Documento de trabajo, Número 459). FLACSO-Chile. Recuperado el 9 de julio de 2020.
<http://lanic.utexas.edu/project/laoap/flisfisch.pdf>

Flores, F. (27 de agosto de 2000). Promesas, confianza e identidad pública. *Diario La Tercera*.

French-Davis, R. (1995). Las políticas de ajuste y sus repercusiones socioeconómicas. En Comisión Sudamericana de Paz. *Los actores sociales: propuestas para un desafío*.

Fukuyama, F. (2000). *Social Capital and Civil Society*. IMF Working Paper WP/00/74.
<https://www.imf.org/external/pubs/ft/wp/2000/wp0074.pdf>

García de la Huerta, M. (9 de febrero de 1997). Chile: una transición frustrada. *Diario La Época*, p. 19.

Garretón, M. A. (1983). *El Proceso Político Chileno*. FLACSO-Chile.

Garretón, M. A. (1987). *Reconstruir la política*. Editorial Andante.

Garretón, M. A. (1991). Cultura política y sociedad en la transición democrática. *Nueva Sociedad*, (114), pp. 199-210.

Garretón, M. A. (enero, 1992). *Ni tanto ni tan poco. Cambio y Continuidad en la política chilena* (Serie Estudios Políticos, Número 18). FLACSO-Chile.
<http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1992/000435.pdf>

BERNARDO NAVARRETE YAÑEZ

- Garretón, M. A.** y Contreras, S. (octubre, 1988). Sociedad, política y plebiscito. *Revista Mensaje* (373), p. 436.
- Giannini, H.** (11 de marzo de 2000). La intolerancia es una manera de ser nuestra. *Revista que pasa* (1509), pp. 82-83. <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-597874.html>
- Giddens, A.** "Modernidad y autoidentidad", en *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Josteo Beriaín, (compilador). Editorial Anthropos. Barcelona 1996. Pág. 46 y 50.
- Góngora, M.** (1994). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (5ta. Ed.). Editorial Universitaria.
- Gore, A.** (1996). Red masiva de redes de comunicación. *Publicaciones electrónicas del Servicio Informativo y Cultural de Estados Unidos*, 1(12).
- Habermas, J.** (1999). *La inclusión del otro. Estudios de teoría política*. Paidós.
- Huneus, C.** (1988). Transiciones en Europa del Sur y América Latina. En C. Huneus (Comp.). *Para Vivir la Democracia* (p. 66). CERC-ICHEH.
- Huneus, C.** (1995). En defensa de la transición: el primer gobierno de la democracia en Chile. En D. Nohlen (Comp.). *Democracia y neocrítica en América Latina* (p. 198). Vervuert-Iberoamericana.
- Huneus, C.** (1998). Las herencias del régimen autoritario y la corrupción. *Revista Nuevo Espacio*, (4), pp. 52-53.
- Huneus, C.** (noviembre, 1998). *Malestar y desencanto en Chile. Legados del autoritarismo y costos de la transición* (Estudios Prospectivos PEP, Papeles de trabajo, Número 63). Programa de Corporación Tiempo 2000.
- Inglehart, R.** (1998). *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades* (Monografía, Número 161). Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Lagos, M.** (enero, 1998). Chilenos: Críticos, no todavía ciudadanos. *Revista Mensaje*, 47(466).
- Lechner, N.** (1992a). El debate sobre Estado y mercado. *Nueva Sociedad* (121), 70-86. <https://nuso.org/articulo/el-debate-sobre-estado-y-mercado/>
- Lechner, N.** (julio, 1992b). *Reflexión acerca del Estado democrático* (Serie Estudios Políticos, Número-20). FLACSO-Chile. <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1992/000483.pdf>
- Lechner, N.** (junio, 1993). *Las sombras del mañana* (Colección Estudios, Número 37), Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN).
- Lechner, N.** (marzo, 1994). Los nuevos perfiles de la política, un bosquejo. *Nueva Sociedad* (130), p. 32-43. <https://nuso.org/articulo/los-nuevos-perfiles-de-la-politica-un-bosquejo/>
- Lechner, N.** (1998). Condiciones de gobernabilidad democrática en América Latina. En FLACSO-Chile. *Chile '97. Análisis y opiniones*.
- López Pintor, R.** (1991). Descentralización y opinión pública. En D. Nohlen (Ed.). *Descentralización Política y Consolidación Democrática: Europa-América del Sur* (pp. 41-58). Editorial Nueva Sociedad.
- Miller, D.** (1989). *Enciclopedia del pensamiento político*. Alianza Editorial.
- Moulián, T. y Vergara, P.** (1980). Política Económica y proceso de hegemonía. En S. Bitar (Comp.). *Chile: liberalismo económico y dictadura política: Colección América Problema, Núm. 11* (p. 120). Instituto de Estudios Peruanos.
- Muñoz, O.** (noviembre, 1991). *El desarrollo de las relaciones Estado-empresa en el nuevo escenario económico: dos ensayos* (Apuntes, Número 106). Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN).
- Paramio, L.** (1996). La sociedad desconfiada. *Revista Leviatán* (66), pp. 104-114. <https://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=1010363>
- Pennar, K.** (1989). El triunfo del mercado libre y sus víctimas. *Estudios Sociales* 62 (4), p. 211.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).** (2000). *Desarrollo Humano en Chile. Más Sociedad para Gobernar el Futuro*. http://www.undp.org/content/dam/chile/docs/desarrollohumano/undp_cl_idh_informe_2000.pdf
- Schmitter, P.** (1991). La cuarta onda de democratización. En C. Barba, J. L. Barros y J. Hurtado

La Sociedad Desconfiada. La Discusión en los Años Noventa

(Comp.). *Transiciones a la democracia en Europa y América Latina*. Miguel Angel Porrúa.

Squella, A. (26 de marzo de 2000). En Nuestra Sociedad nos Falta Pluralismo. *Diario El Mercurio*.

Subercaseaux, B. (1996). *Chile ¿Un país moderno?*. Ediciones B.

Valenzuela, J. S. (1995). Orígenes y Transformaciones del Sistema de Partidos en Chile. *Estudios Públicos*,

(58), pp. 5-80.
https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160303/20160303183747/r58_valenzuela.pdf

Van Claveren, A. (1992). *Modelos de convergencia y su vigencia en Chile: la Democracia Consociativa*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH).